

RECENSIONES

FLORENTINO PEREZ EMBID: «NOSOTROS, LOS CRISTIANOS». Biblioteca del Pensamiento Actual. Volumen 33.-175 páginas.

La Biblioteca del Pensamiento Actual—que dirige el profesor y ensayista Rafael Calvo Serer—acaba de dar a la estampa en su Serie Verde—Temas Españoles—la obra «Nosotros, los cristianos» de la que es autor el docto catedrático de la Universidad Central y Director General de Información, don Florentino Pérez Embid.

El volumen consta de 25 artículos escritos con deliberado intento arquitectónico, agrupados en cinco capítulos, magníficos ensayos en los que en un estilo claro, directo y periodístico—lo cual no quiere decir que esté exento de galanura literaria—se abordan los problemas actuales, lo que tienta constantemente a Pérez Embid, según puede apreciarse examinando sus publicaciones. Los ensayos son los siguientes: «El universalismo cristiano», «La actualidad cultural del catolicismo», «La peculiar situación de la sociedad», «Realidad social y orden político» y «La acción de los cristianos», títulos que denuncian que nos hallamos ante un escritor católico que dirigiéndose a quienes profesan auténticamente la fe de Cristo, explana la tesis cristiana con el mayor rigor filosófico, conforme se desprende de la lectura del texto. Todo ello con una dialéctica vigorosa que sirve al ilustrado profesor para dirigir la mirada escrutadora en torno a cuantos aspectos del hombre tienen relación con la Iglesia y exponer las permanentes tesis sociales del pensamiento católico: la libertad cristiana de la persona, el principio de la subsidiaridad la insuficiencia del Estado liberal ante la misión del poder político en el presente momento histórico, etc.

Auscultador sereno del vivir actual, de cuanto pasa en el mundo en toda su variedad habla Pérez Embid, poniendo en su glosa el propósito de que lo que dice

es porque realmente, directamente afecta a los cristianos que «saben que han de realizar en el mundo, mientras viven, una empresa sobrenatural que al unirles con Dios y sus designios, les hace hermanos de todos los hombres».

Perspicaz observador, Pérez Embid registra «la atención sostenida que ahora despiertan en todo el mundo las preocupaciones religiosas, tratadas a fondo, sin trampa ni cartón» y luego de citar las grandes obras literarias de fama internacional que versan sobre temas de fuerte contenido dogmático, consigna certeramente que todas estas manifestaciones artísticas son «un *témoignage*, un testimonio de la turbulenta psicología de nuestro tiempo».

«Uno de los rasgos más prometedores y simpáticos en la mentalidad general de los católicos actuales—anota el Presidente del Ateneo de Madrid—es esa universal conciencia de activa participación y responsabilidad en la vida de la Iglesia. Es decir, la idea clara de que la Iglesia no es el templo, ni sus ministros, sino que todos los cristianos somos de la Iglesia» y, seguidamente, el autor señala que «uno de los caracteres típicos de la vida intelectual del Catolicismo en los últimos tiempos, está en que muchos seglares, laicos, se hayan aplicado al estudio de temas teológicos, al cultivo de la ciencia de Dios, y a tratar sus problemas en público por mil razones meritorias».

Con la mayor valentía Pérez Embid se enfrenta con todos los problemas por espinosos y fuertes que sean—como los que afectan a la hora presente, «Comunismo y Cristianismo»—y en su exposición, contundente, aflora la resolución cristiana, harto cimentada.

El libro de Florentino Pérez Embid es optimista por excelencia, rezuma el más sano optimismo y expresa cuatro maneras optimistas de colocarse ante el acontecer temporal: el optimismo de las pos-trimerías; el optimismo en cuanto al acierto inmediato de cada uno, en cuanto al acierto como acto individual de cada

caso; un tercero y más temporalizado optimismo es la alegre esperanza de que, como la Historia la hacemos los hombres, de nuestro esfuerzo y nuestra virtud, con la ayuda de Dios, que no falta, depende que ganeamos o no; por último, la cuarta manera de fundamentar el optimismo es la que nace de contar las fuerzas actuales de los cristianos, o sea el optimismo sobre el futuro inmediato. Luego de abundar en sus consideraciones de que en cuanto al Occidente mismo somos los cristianos la esperanza, el único futuro posible, el catedrático andaluz concluye el ensayo con estas palabras estimulantes: «Hay motivos de sobra para mirar con optimismo el porvenir».

A lo largo de su obra Pérez Embid ha estudiado con penetración diversos aspectos de la situación histórica en la que los cristianos estamos enfrentados, habiéndolo efectuado anteponiendo un acento general de fe, de seguridad, de voluntad, lo que da verdadera unidad a sus ensayos. En los comentarios campea un rasgo común: el acento de un espíritu nuevo y antiguo a la vez, cuya gloria—cada día mejor conocida por todos—declara con orgullo, porque es recibida. Como consecuencia de enfrentarse con el caos multiforme de las cuestiones dispares, el pensamiento que recoge es que «lo necesario consiste en establecer tranquilidad, tenaz y enérgicamente la vigencia temporal del orden divino». «El papel de los cristianos—afirma el distinguido hombre público—es la vanguardia y capitania de esa labor». Y, después de reflejar que en el transcurso de la Historia han sido las esencias religiosas el germen de todas las empresas humanas, ley que va a cumplirse ahora en nuestra cultura occidental y cristiana, llega a esta conclusión: «Es evidente que desde dentro mismo del pueblo cristiano crece ahora y arraiga, como sangre de la misma Iglesia, a lo ancho de toda la Cristiandad la fuerza viva de una nueva fidelidad a la fe, que vitaliza desde las raíces eternas, sin que importe nada que mientras tanto se arruinen las arquitecturas exteriores de un orden carcomido, ya hace siglos corroído y en proceso de liquidación. Es algo así literalmente, como una nueva primavera en cuyos campos bendecidos estallan por todas partes los olores de la nueva vida».

«Acendrase esencialmente—son las palabras terminales de «Nosotros, los cristianos»—, en la fidelidad a la creencia, y en la realización cristiana de la pro-

pia vida. Correspondencia a la gracia. Esfuerzo humilde, generoso y sincero por poner cada uno y todos colectivamente aquello que de nosotros los cristianos requiere el plan divino. Que es la personal santificación, en la ejecución con sentido sobrenatural de nuestras acciones habituales y diarias». El pensador que es Pérez Embid—con sus dotes de excelente y ágil escritor—ha dado a la luz pública estos brillantes e interesantísimos ensayos de gran actualidad que promueven tantos comentarios y que alientan poderosamente en medio de este vivir caracterizado por el pesimismo, sin esa unión que conforta pese al empeño de las cancellerías. De aquí el mérito excepcional de «Nosotros, los cristianos», fruto de profunda reflexión. Libros como el gloriado—que ha merecido palabras muy elogiosas de varios Prelados—son dignos de encomio y divulgación para que el pensamiento que contienen llegue a conocimiento de todos y pueda servir de orientación, cosa tan necesaria en estos instantes.

ANTONIO GUARDIOLA: «CARLOS V».
—Colección Hijos Ilustres de España.
Lecturas para la juventud. Editorial Sánchez Rodrigo, Plasencia (Cáceres)
120 páginas.

La editorial Sánchez Rodrigo que tiene su sede en la placentina ciudad que conquistara Alfonso VIII, el Bueno, el Caudillo de las Navas de Tolosa—victoria decisiva en la historia de la Reconquista—ha dado últimamente a la estampa el volumen XXI de la interesante Colección de biografías para la juventud que ostenta el título genérico de «Hijos Ilustres de España». Como quiera que en las columnas de «Álcantara» hemos elogiado como merece la publicación esmerada de estos libros, asequibles en extremo a los lectores a los que van destinados y la característica fundamental de facilitar unos textos desprovistos de fárrago, ajustados a la verdad histórica, en los que se expone la vida de los más ínclitos vástagos de España, tanto para su enaltecimiento como para que sirvan de guía a la juventud, nos ceñiremos exclusivamente a la reseña del volumen que acaba de salir a la luz pública, «Carlos V», del que es autor Antonio Guardiola.

En nueve capítulos se aborda la preciosa existencia del hijo de doña Juana la Loca y nieto de los Reyes Católicos y

del Emperador Maximiliano de Austria y doña María, hija del Duque de Borgoña, Carlos, el Atrevido, El César de Occidente, oriundo de una estirpe «llena de gloria, de luz y de poderío y esperanzas», que vino al mundo en el viejo palacio ducal de Gante, Flandes, el 24 de Febrero del año de gracia de 1500.

Para estudiar ordenadamente el histórico personaje, Guardiola formula una exposición de antecedentes, pasando a su descripción y formación. Carlos entra en escena al morir el Rey Católico en 1516—en nuestra provincia, en el pueblo de Madrigalejo—viéndose obligado a abandonar la Corte de Maximiliano para venir a España que le reclama y aclama como rey, cuando apenas contaba 17 años de edad, estando llamado a los más altos destinos, ya que muy pronto lo puso de manifiesto con sus victorias resonantes y las conquistas maravillosas y descubrimientos siempre renovados. «Glorias, triunfos, victorias y honores sin fin—escribe Antonio Guardiola—llueven ahora materialmente sobre Carlos V, proclamado por la Dieta de Francfort Emperador del Sacro Imperio y Rey de romanos». (Pág. 35).

El sentir popular y el enojo español contra la camarilla de personajes extranjeros que rodeaban a Carlos V, los Comunerios, Villalar, las Germanías, la epopeya de Magallanes y Elcano, son etapas de la vida fecunda del Emperador de dos mundos que han sido tratadas con singular acierto por el autor del volumen para dar una visión adecuada a la juventud. Como el periodo de gobierno de Carlos V corresponde a una de las épocas más gloriosas de nuestra historia, Guardiola hace resaltar esta nota indicando cómo el «vencedor de los comuneros, dueño absoluto de España y de lo más rico glorioso de Europa, se nos muestra ahora el monarca generoso, liberal, dadivoso y comprensivo que siempre fué». (Pág. 73). Y como el solar del imperio crece de modo extraordinario con las hazañas de Cortés: el mundo, el planeta, la geografía se ensancha ante las banderas de Castilla. Carlos V es el Emperador de la Cristiandad, el campeón del catolicismo frente al luteranismo.

El desarrollo de la existencia de Carlos V es utilizada por el biógrafo para, al propio tiempo, dejar constancia de juicios sobre los personajes más ilustres de los tiempos del Emperador: Enrique VIII, Francisco I, Lutero, Bayardo, El Condestable de Borbón, el aguerrido capitán Ig-

nacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, que tanto contribuye a que resurja el espíritu de defensa del cristianismo.

Adviene después las páginas que reflejan la magnanimidad y nobleza de Carlos V con Francisco I de Francia, la coronación del primero en Bolonia, su victoria contra los turcos, la muerte de la Emperatriz Isabel y por último, el ocaso del Emperador y su abdicación en Bruselas el 25 de Septiembre de 1555, en su hijo Felipe II, retirándose a Yuste. Del periodo que permanece Carlos V en el frondoso paraje cacereño se relatan los famosos funerales en vida, la visita del hijo de sus amores con Bárbara Blomberg, el futuro D. Juan de Austria y, finalmente, la muerte del soberano. El santuario de los monjes jerónimos, enclavado en la exuberante, en la feracísima comarca natural de la Vera, fundado en el siglo XV y ampliado en el XVI por los Condes de Oropesa, presenció el portentoso declinar del César, pensando constantemente en el fin del hombre, es decir, preparándose bien su alma para entregarla al Supremo Juez, Dios. El día 21 de Septiembre de 1558 se extinguió tranquilamente,—su muerte fué ejemplar, edificante—la existencia del Caudillo invicto, el señor más poderoso de su tiempo y por ello harto desengañado del efímero valor de las vanidades terrenas.

Antonio Guardiola, en el compendiado libro destinado a la juventud española, ha tenido la habilidad de tratar con amenidad lo esencial, lo principal, lo más interesante del ardoroso defensor de la fe católica, del ariete del protestantismo, del soldado de Europa, de la espada invencible y genial político que eligió nuestra bellísima tierra para «acabar su vida», henchida de servicios y glorias para su religión y para su patria.

UNA FORMIDABLE OBRA CONJUNTA DE LA INGENIERIA CIVIL ESPAÑOLA: EL PLAN BADAJOZ, por Manuel Martín Lobo.

Manuel Martín Lobo es uno de los jóvenes valores extremeños que se distinguen por su amor a la región y que colabora con encendido entusiasmo en cuantos empeños puedan redundar en beneficio de ella. Quienes sigan con interés los actos que celebra el Hogar Extremeño en Madrid—nuestra avanzada en la capita-

lidad del reino—, en Badajoz y en su provincia se verán gratamente sorprendidos de la actividad y tesón del prestigioso ingeniero de Montes totalmente entregado a cuanto pueda representar aportación al progreso y elevación en los distintos órdenes de Extremadura. Este mérito no se lo podemos negar a Martín Lobo que, además de sus intervenciones, procura que su pensamiento cristalice en la más esperanzadora y halagüeña realidad, cuales son las importantísimas realizaciones sociales en las que actualmente trabaja.

En un interesante artículo que ha publicado en el n.º 13 del Boletín informativo de Ingenieros Civiles de España—cuya separata examinamos—Martín Lobo se ha ocupado del Plan de Obras de Colonización, Industrialización y Electrificación de la provincia de Badajoz. Nadie mejor que el autor de este trabajo para su estudio ya que, a sus cualidades, hay que agregar su condición de secretario del Plan. En este ensayo se nos habla de lo que se pretende con el plan: la redención económica de un «área deprimida» constituida por la provincia de Badajoz, de la intervención de cinco ramas de la ingeniería—Ingenieros de Caminos, Agrónomos, de Montes, Industriales y de Minas—para el desarrollo unitario del Plan que tiene por objeto convertir en regadío 115.000 hectáreas mediante las obras hidráulicas y agronómicas necesarias en catorce años y utilizando como recurso financiero la considerable cifra de 5.374.720'00 pesetas. El articulista anota las principales actividades que se desarrollan a través de la Confederación Hidrográfica del Guadiana, de la Jefatura de Obras Públicas de Badajoz, de la 5.ª Jefatura de Estudios y Construcción de Ferrocarriles y de la Jefatura de los Puertos de Huelva y Sevilla. Martín Lobo termina su ágil reseña sobre el Plan Badajoz—con excelentes ilustraciones a base de esquemas y fotografías—resaltando las consecuencias económicas del mismo como la reintegración por el Estado para 1973 de las cuantiosas inversiones efectuadas, que a partir de dicho año la transformación realizada supondrá un ingreso para el Estado de más de 275.000.000 de pesetas anuales y que la renta, «per capita» en la provincia de Badajoz recibirá un incremento posiblemente de un 40 por 100, situándose entonces por encima de la media española, como le corresponde por su gran riqueza global.

El comentarista se honra en aplaudir

la labor que lleva a cabo Manuel Martín Lobo y le insta a que prosiga tenazmente el camino emprendido para bien de Extremadura y de España.

CUADERNOS DE LA CATEDRA MIGUEL DE UNAMUNO. Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, 1953.

En estas columnas nos hemos ocupado ya de los Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno que da a la luz pública la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca. El IV—que ha llegado ahora a nuestra Redacción, no obstante corresponder al año 1953—inserta los siguientes trabajos: «Unamuno e l'uropeizzazione» por Gilberto Beccari, «Notas unamunescas», por el decano de los hispanistas franceses Calille Pitoulet, pleno de notas, en el que se estudia la lengua, la poesía y otros aspectos de la vida del célebre rector salmantino y aparece una entrevista que con éste sostuvo el ensayista en 1935; «Aldebarán, de Unamuno», por Diego Catalán Menéndez-Pidal; «El paisaje en la vida y en la obra de Miguel de Unamuno», capítulo de la tesis que presentó su autora Marienne Gardis para obtener el grado de licenciada en Filosofía y Letras en el Departamento Español de la Universidad de Leeds y, por último, la «Crónica Unamuniana 1952-53» del profesor Manuel García Blanco, director de los Cuadernos en la que aparece puntual noticia de los trabajos publicados en las fechas indicadas sobre el polígrafo español.

El volumen IV de los Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno viene a demostrar que los estudios sobre el filósofo y escritor son inagotables y el cariño con que la Universidad donde éste vertió a diario el caudal de su sabiduría cuida su recuerdo.

FUNCION PRODUCTIVA Y CAPACIDAD SOCIAL DE LA MEDIERIA, por Geovanni Carrara. Traducción realizada por Alejo Leal García.

La Revista de Estudios Agro-sociales en su número 9, Octubre - Diciembre de 1954, insertó el trabajo «Educación productiva y capacidad social de la mediería», del que es autor Giovanni Carra-

ra, Catedrático de Derecho Agrario y Senador italiano, muy conocido en España donde sus ensayos han sido acogidos con gran interés.

En su breve y meritorio estudio el profesor Carrara formula sus observaciones acerca de la mediería, coordinándolas en tres grupos: «Productividad, socialidad y concatenación de la productividad con la socialidad, es decir la productividad como presupuesto de la socialidad y la socialidad como efecto de la productividad». El artículo que glosamos es un alegato en defensa de la mediería—tan combatida como amenazada en Italia—abogando porque debe ser conservada por su actual hábito de moderno progreso y su funcionamiento a las más evolucionadas expresiones de la técnica y de la economía, armonizando el hecho productivo con el social.

El ensayo de Giovanni Carrara ha sido traducido al español por el doctor en Derecho y Registrador de la propiedad, Alejo Leal García, nuestro distinguido paisano y, por tanto, una personalidad que no vamos a descubrir a los lectores de «Alcántara». Alejo Leal se ha propuesto en su intento hacer progresar el lenguaje jurídico actual, ya que la imprecisión en que la legislación agraria se mueve es notable. Las interesantísimas y bien documentadas notas a pie de página y el método seguido para la traducción de las palabras sin correspondencia exacta en español—como ocurre con «mezzadria» y «podere»—avalan la monografía. El traductor presta un buen servicio al progreso del lenguaje jurídico, propósito noble que debe continuar para ir resolviendo numerosos e importantes problemas que se plantean en esta lid, con lo que, a la vez de manifestar su inquietud, demuestra los conocimientos que posee.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

RAPSODIA VIRGINAL, por Carlos Callejo. Ediciones «Rumbo», Barcelona, 1955.

Carlos Callejo es un poeta de sí mismo. No canta al Sol ni a la rosa, ni al pájaro, ni al mar, ni a las estrellas, aunque todos esos elementos entren a formar parte, a veces fundamental, de sus poemas.

Concretando más, podríamos decir,

y decimos, que Callejo es un poeta de su amor. Pero de su amor, empleando la palabra en sentido restrictivo, por las mujeres que lo enamoraron, aunque no siempre lo merecieran, si hemos de juzgar por sus frecuentes y amargas quejas.

Casi no existe otro motivo en este hombre lleno de sensibilidades amorosas. Quizá muchos de sus poemas no obedecen a ninguna realidad concreta, pero es lo mismo; su fantasía vive la escena tan intensamente que la plasma y da corporeidad más sensible que si, de hecho, cantara lo que pasó.

Acaso en la vida poética de Callejo no haya más que un gran desengaño y un bien cuajado y eterno amor, que luego él desdobra y multiplica con la taumaturgia sorprendente que a todos los poetas les ha sido dada como innata ciencia infusa.

En uno y otro caso, queja y gozó se impregnan de ternura, amarga o brillante, y logran una gama poética llena de calidades, armonías y luminosidad del mejor gusto literario.

Su forma es clásica, meticulosa, perfecta. Quizá demasiado perfecta. Prodigia el metro de ritmo severo y rígido y la rima consonantada que endurece el verso y le resta dulzuras. Pero su construcción es bella, el pensamiento justo y la imagen, siempre poética, centellea en ocasiones con las refulgencias del genio. Su «Marcha Nupcial», por ejemplo, es digna de la más exigente antología.

En prosa y en verso, mejor en lo segundo, canta a la mujer, cardinal oriente de cuantos humanos ideales movieron siempre los más arrebatados impulsos del varón.

Su rara cultura le ayuda con escogidos materiales en esta obra poética.

«Rapsodia Virginal» es un libro que conmovió a las mecanógrafas y no tanto a los eruditos de la poesía nueva. No sé que más podría decirse en su alabanza.

ARTE MODERNO Y ARTE ETERNO, por Carlos Callejo. Ediciones «Cuerpos Alcántara». Cáceres, 1955.

Más de una vez ha roto Callejo cañas, y aún lanzas, en torneos polémicos sobre este tema, hoy tan apasionante.

En este breve y sustancioso ensayo, da cima a su pensamiento y juicio, con orden y sistema y argumentación firmísimos.

No es Callejo hombre ligero, ni imprudente, ni osado. Valiente, sí. Por eso expone su teoría bien pensada, con argu-

mentos sólidos, conocimiento profundo de la cuestión y con toda claridad y firmeza, al tiempo que con el más recto propósito.

Su prosa es clara, limpia y gratísima de leer. Virtudes son éstas que escasean en el día, sobre todo en la crítica de arte.

Por eso, una persona de mucho juicio me dijo, hace unos días, refiriéndose a este trabajo que comento: Felicite usted a su amigo, por que lo que él ha dicho sobre el Arte, yo hubiera querido decirlo también y seguramente no hubiera podido decirlo mejor.

JOSE CANAL

EL ALMA REPARTIDA, por Carlos Murciano. Revista poética «Lírica Hispana» número 140. Caracas. Octubre, 1954.

No han sido los Machado el único ejemplo en la Literatura española de dos hermanos disputándose las trompas de la fama en una misma disciplina artística. Por si de ello hubiera alguna duda aquí están Antonio y Carlos Murciano en el Parnaso de hoy, compitiendo unas veces, colaborando otras en el nobilísimo ejercicio de hacer versos. Esto último ocurrió con el soberbio sonetario de la Vendimia Jerezana, firmado por ambos y que tiempo atrás comenté en estas mismas columnas.

Los hermanos Machado ofrecían al más profano una pronta y rápida diferenciación, por sus nada semejantes estilos. Antonio, andaluz injerto en castellano era caviloso y melancólico. Manuel, andaluz puro era alegre y ligero. Por el contrario, en este nuevo binomio fraternal, también andaluz, existe una cierta homogeneidad que, lógicamente, perjudica a entrambos. Aunque gaditanos, los Murciano pertenecen a una que podríamos llamar escuela cordobesa. Ambos son atildados, profundos, sobrios y severos de sí mismos. Por lo que hemos leído hasta la fecha hallamos en Antonio más ternura, en Carlos más aticismo.

El librito «El alma repartida» es el primero que publica el menor de los Murciano y ha merecido el honor de serlo en la acreditada colección *Lírica Hispana*, de Caracas, a la que al final dedicaré algunas líneas. Está dividido en dos partes, de las que la primera contiene hasta dieciséis sonetos preciosamente cincelados;

la segunda está integrada por once composiciones más, de diversa factura.

De cierta clase de Pintura se suele decir que, por su plasticidad y relieve, es casi escultórica. Lo afirma, por ejemplo Eugenio d'Ors de la del renacentista italiano Mantegna y puede comprobar lo acertado de esta frase quien recuerde uno solo de los cuadros de aquel eximio pintor. También existe una poesía escultórica, de bulto, exenta, casi tangible, con un claroscuro vigoroso. Un ejemplo de esta clase de poesía es la de Carlos Murciano, escrita en un estilo escueto, cortado, una especie de azorinismo poético que contiene primores de pensamiento.

Tal modalidad está principalmente reflejada en la primera parte del libro que comprende sólo sonetos, como he dicho. En la segunda, con la variedad de metro aparece también una indeterminación de escuela, que puede ser simplemente gusto por probarlas todas y salir airoso en todas las suertes. Esto es precisamente lo que Carlos logra, bien cuando se resume en un concreto conceptismo, bien cuando se destaca hacia la llamada Poesía pura, como en la bella composición titulada *El silencio*, bien finalmente cuando se desgrana en un superrealismo colorista como en *El loco* o *La muchacha viajera*.

Considerado en su conjunto, este primer libro de Carlos Murciano ofrece ya la madurez de la fruta en sazón. Acaso por ello mismo no puedo pasar en silencio lo que a mi juicio menoscaba un tanto la tersa superficie madura de estos frutos, como lo hacen dos pequeños gusanos llamados cacofonía y prurito neologista.

La primera aparece en contadas ocasiones en los sonetos; quizás sólo una vez es francamente desagradable en

y con sus albas altas alas rotas

pero se advierte mejor por la cuidada musicalidad del resto de los versos.

La cacofonía es admisible alguna vez como recurso poético, para producir una sensación onomatopéyica o como un refuerzo enfático necesario. Ninguna de ambas circunstancias se da aquí, donde sólo puede considerarse como un adorno de dudoso gusto.

Tampoco puede dejar de ser notada la excesiva vocación al neologismo que se advierte en este autor. Uno de los más corrientes abusos de nuestros jóvenes

poetas es creerse ya desde los veinte años, plenamente autorizados a inventar un idioma nuevo. Y lo mismo que dije antes, el defecto salta a la vista en Carlos, tan ponderado y poco abusivo en todas las demás cosas. Un Unamuno podía permitirse el lujo de prever que algunos de sus originales términos con el tiempo entrarían en el Diccionario. Pero es difícil que semejante caso se repita en cada uno de los que en el día de hoy escriben verso o prosa. Se puede tener indulgencia con una palabra bella, oportuna, que en aquel momento viene pintiparada y que no existe en el lenguaje hasta que el poeta la da vida. Pero no merecen el mismo concepto voces como *alondramente* y *cimbreal* tan artificiosas como inútiles. Todo el que escribe debiera amar al idioma como a sí mismo, ya que es su insustituible e inapreciable herramienta de trabajo. Y uno de los deberes primordiales es mantenerla en el mayor estado de pureza, sobre todo cuando, como sucede con el castellano, esta herramienta es de oro puro. Si cada uno de nosotros nos creyéramos obligados a aportar cien palabras nuevas al acervo lexicográfico, pronto nuestra lengua sería un caótico y astroso pandemonium.

POEMAS MARIANOS, Selección entresacada de diversos autores modernos, por el P. Fr. Antonio Corredor García O. F. M. Ediciones «Cruzada Mariana». Cáceres, 1954.

Otro epitome, que por su brillante y valioso contenido merecería el título de gran libro, a añadir a la ya larga serie de obras marianas del P. Corredor, que alcanza la cifra de veintisiete, sumadas las de investigación y compilación con las de inventiva propia. La Santísima Madre del Redentor ha sido desde el principio de la Cristiandad fuente pura y fecundísima de inspiración artística. Los Pintores de todas las edades, desde los anónimos que con primitiva técnica guarnecían los lienzos de las recónditas capillas de las Catacumbas, hasta los grandes maestros italianos, españoles y flamencos del Renacimiento, Bellini, Perugino, Luini y Rafael con sus prodigiosas Madonnas, Murillo y Ribera con sus celestiales Inmaculadas, Memlinc y Matsys en sus maternales composiciones y ello sin olvidar las colosales *Panagias* y *Theotocos* que presiden las cúpulas

de las catedrales bizantinas. Los escultores de todas las épocas, desde los ingenuos imagineros góticos de Reims y Santiago hasta los colosos de nuestro barroco, como Salcillo y Montañés; desde Lucca della Robbia hasta Pérez Comendador; los músicos, los miniaturistas, los orfebres, todo el Arte Cristiano, en fin, ha puesto en la adorable figura de María, lo más elevado, lo más exquisito de su numen.

Los poetas, como es natural no han quedado atrás en este angélico concierto en loor de la más bella figura de la Humanidad. Basta agitar levemente las ramas de la producción lírica de todas las lenguas y de todos los tiempos y estilos, para que caigan sobre nuestro manto poemas marianos como lluvia de flores escogidas. No otra cosa ha hecho el P. Antonio Corredor en esta Antología, sin más cuidado que el de vigilar que todo en ella fuera de insuperable calidad.

Así leemos un *Retrato de la Virgen* de Andrés Rey que sirve de digno pórtico a lo que sigue; un *Canto a María* tan tierno y sonoro como lo era en todo momento el estro de Gabriel y Galán; uno de los mejores sonetos de Manuel Machado; el célebre poema *Lirio del Valle* de la primera poetisa de nuestra lengua, Juana de Ibarbouou; el *Ave María* del ruiñeñor mejicano Juan de Dios Peza y al lado de estos cantos magistrales otros verdaderamente egregios de X. Vallejos, de María Alicia Domínguez, de Eva Cervantes, de Pedro A. Morgado, de M. B. Carrasco, de Manuel S. de Castro, de Armando Godoy, del P. Restituto del Valle, de, en fin, nombres tan conocidos nuestros como Ventura Durán, Manuel de Monterrey, J. L. Cordero y el mismo Padre Corredor que, como de costumbre alterna en estas antologías el oficio de mercader de ajenas joyas con el de artífice de las propias. El libro termina con la conocida y nostálgica canción «A la Virgen del Recuerdo», del P. Alarcón envejecida y siempre nueva en las aulas de los Colegios de España.

SANDRA. Novela, por Rodolfo de Meneses. Colección Galatea. Madrid, 1952.

Aunque actualmente radicado en Huelva, Rodolfo de Meneses es extremeño, de Burguillos del Cerro. Tendría, pues, un motivo su mención en estas columnas, aunque sus obras—que son en definitiva

los más legítimos títulos de un autor—no reclamaran por su propio mérito, un lugar en las letras regionales.

SANDRA, primera novela de este joven literato que ha probado ya fortuna en otros géneros, principalmente en el periodismo, obtuvo un éxito de crítica y de venta, relativamente a lo que es de esperar de una obra primeriza que se lanza al público sin aparato de propaganda y sin el trampolín de algunos de esos premios—sorpresa hoy tan en boga.

A mi entender esta novela lo es más que por otra cosa, porque hace de su autor un novelista. No sé si me he expresado con suficiente claridad. Si a un novelista se le da este nombre porque escribe novelas, no en menor grado las novelas hacen al novelista. Una persona originariamente no dedicada a las letras escribe a veces una novela interesante y que adquiere fama regularmente por motivos ajenos a su mérito literario, es decir se hace inopinadamente lo que ahora se llama un *best seller*. Por lo general cuando esto sucede, el autor no es capaz de repetir la hazaña. Es el caso clásico y del que hay mil ejemplos del que acertó una vez por casualidad. Se tiene una novela, pero no se tiene un novelista. Inversamente, una obra todavía imperfecta puede acreditar a quien la hizo si en su armazón se advierte la impronta de una fuerza creadora suficiente. En las novelas existe también, como en las películas, un Director, aunque para la generalidad de los lectores este papel esté confundido con el del autor argumental o guionista.

SANDRA es un relato de viva humanidad, cuyas páginas se hacen gradualmente más interesantes. Adolece aún de algunos convencionalismos de escenografía y muestra cierta desorientación en cuanto al género a elegir, que en algún momento parece va a derivar hacia el ancho y amorfo lago de la literatura femenina popular. Felizmente este peligro queda sólo en apariencia y un oportuno viraje endereza la obra por derroteros de mayor elevación, mejorando de rechazo el estilo y el vigor narrativo.

Lo importante es que, como he insinuado más arriba, este joven escritor ha sabido demostrar en su primer intento novelístico que está en el secreto de la «Dirección» de una obra de esta clase; dicho de otra manera, que sabe situarse en su puesto de mando, a su alcance todos los resortes que movilizan la sensibilidad de un lector. Por todo ello se deja

ver en Rodolfo de Meneses un autor con quien habrá que contar, si sus venideras obras cristalizan el logro que la primera apunta, para el puesto que dejó vacante en la literatura extremeña el inolvidable Reyes Huertas.

A SOLAS CON MI ALMA. Versos. Por J. Ramos Aparicio. Cuaderno ALCANTARA. Número 13. Cáceres, 1955.

El autor dedica el ramillete de poemas cuyo título queda más arriba escrito a sus padres. Esto es ya un claro símbolo que ilustra al lector acerca de cuanto de entrañable e íntimo tienen aquéllos. En esta intimidad y entraña no sólo palpita el hogar y la familia, sino también el hábito de la tierra que pisa y la huella de cuantos objetos se sustentan sobre aquella y tienen alguna categoría lírica para ser contados. Estos objetos pueden ser un amanecer, una amapola, un pájaro, una campana, un muerto. Todos ellos y cada uno por separado son como una caja de resonancia para el alma del poeta que allí encuentra el eco de sus más claros sentimientos. Unas veces es la alegría de una copla; otras la suave melancolía que se deja rezumar a lo largo de una letrilla o el grave y profundo tono de un soneto que parece estar arrodillado ante un crucifijo.

Las mejores composiciones de *A solas con mi alma*—título que encontramos francamente acertado—son precisamente aquellas que tienen su raíz en lo más hondo de la sensibilidad del cantor. En *Triste recuerdo* un nombre grabado a navaja en el banco de una escuela hace años, en los bellos tiempos infantiles, provoca en el poeta una dolorosa evocación. *Después de muertos* y *Silencio* guardan nostálgicos perfumes becquerianos. *El toque de ánimas* y *Porque no tienen madre* son cánticos al bendito santuario de la familia donde se escuchan los acordes que inmortalizaron a Gabriel y Galán.

En otros de los poemas que integran la selección, por más que su fondo tenga el mismo encanto de los citados, encontramos, atendiendo a la forma, una sensación de fruto inmaduro. Dicho de otra manera; los bellos sentimientos que constituyen el alma de cada poema hubieran podido expresarse con mayor primor literario. Son muchos los artistas de todas las modalidades cuyas concepciones pierden belleza en el momento de salir a la

luz por culpa de detalles técnicos tan obvios a la vista como fáciles a la rectificación. La inspiración es innata, la técnica es adquirida y por tanto puede y debe ser adquirida por quien está favorecido por aquélla.

Por otro lado, la armonía en la versificación, como estamos cansados de repetir, es consustancial a la poesía y de modo tan ineludible que faltando aquélla no se puede hablar de poesía en el sentido de género literario. En un romancillo falla con frecuencia la rima asonante; más tarde, por el contrario ésta se aconsonanta y por añadidura, al final se incrustan dos o tres versos de distintas medidas. En otros poemas hay cacofonías evitables («Terca Parca») o retorcimientos de sintaxis, como el que malogra la copla XII de la última composición del libro, cuyos dos primeros versos son excelentes. Fallos de técnica todos que no pueden escapar al cuidadoso repaso que todo artista debe dar a sus obras, si es que aspira a alcanzar algún día la categoría de maestro.

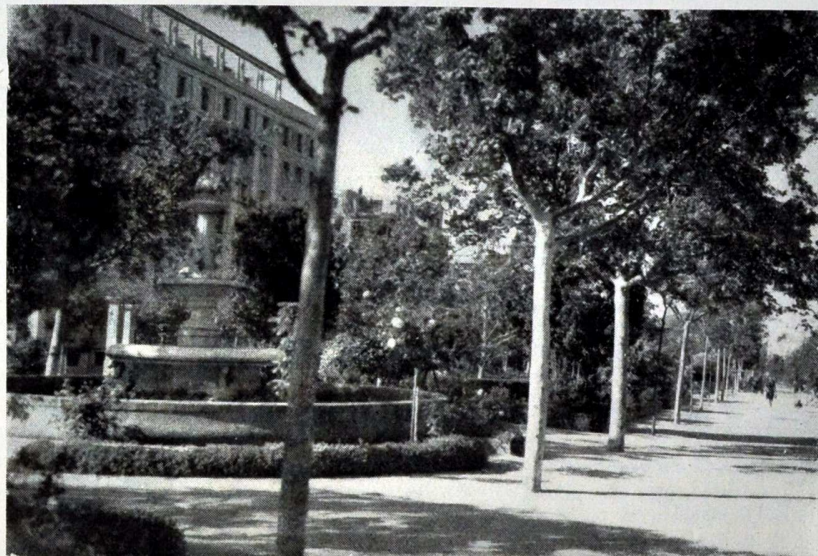
POEMAS DEL ROSARIO. Antología seleccionada por el P. Fr. Antonio Corredor, O. F. M.

En la serie de libros que este erudito franciscano ha sacado a luz con motivo del pasado Año Mariano de 1954, el que estamos comentando es uno de los mejores, pese a que tenga en su contra lo restringido del tema que puede hacer monótona la lectura del tomo si se hace seguida. Por

el contrario si de tanto en tanto se saborea al azar de sus composiciones, queda nuestro gusto poético satisfecho del todo. No hay en esta selección ningún poema flojo, mediocre o simplemente en ese tono sentimental y de pura intención, pero bajo de nivel artístico que abunda a veces en la poesía religiosa. En «Poemas del Rosario» todo es de elevada calidad y nuestra labor censoria está excusada, pues no sería sino la repetición del meritorio trabajo del P. Corredor cuyo exquisito gusto queda demostrado al haber elegido este ramillete poético entre infinitas composiciones que seguramente ha tenido a la vista al efectuar tan cuidadosa tria. Citaremos solamente algunas que de un modo más particular nos han llamado la atención, como son *Regina Sacratísima Rosarii*, de Armando Godoy; *Rosario de Alabanza*, de Godoy de Silva; *Los misterios del Rosario*, de J. Santaló; *El Rosario en familia*, de Augurio Salgado; *El Rosario de mi Hogar*, del P. Máximo González; *Rosario en la Aldea*, de Siul; *Paisaje con ermitaños*, de Bernardo Martín del Rey; *El Rosario de Plata*, de Luigi Vizardi; *El Rosario*, de Fr. Justo Pérez de Urbel; *Elogio de mi Rosario*, de Fr. José Gabriel Rodríguez; *El Rosario de mi madre*, de Salvador Rueda; *Mi Rosario*, de Antonieta Corallo de Navarro y *La Hora del Rosario*, de Fr. Antonio Corredor.

Termina el libro con algunos Cánticos y Gozos relativos a la piadosa y difundidísima devoción tan arraigada en el corazón del catolicismo hispánico.

OMAR EL ZEGLI



ALBUM EXTREMEÑO.—Paseo de Cánovas, de Cáceres